UNE ✦ SACRA

Esoterismo

Asclepio

(El Sermón Perfecto)

✦ ✦ ✦

Atribuido a Hermes Trismegisto (traducción inglesa de G. R. S. Mead)

Traducción (edición 1.1)

Créditos

Autor	Atribuido a Hermes Trismegisto (traducción inglesa de G. R. S. Mead)
Fecha	siglos II–III
Idioma original	Latín
Versión	Traducción (edición 1.1)
Traducción	Traducción popular, a partir de la versión inglesa de G. R. S. Mead
Fuente	Internet Sacred Text Archive — Thrice-Greatest Hermes, vol. II (Mead)
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

Diálogo hermético conservado en una antigua traducción latina de un original griego perdido, el "Discurso Perfecto" (Logos Téleios), de los siglos II o III. Fue el único texto hermético conocido en Occidente durante la Edad Media; parte del original apareció en copto en Nag Hammadi.

Hermes Trismegisto enseña a Asclepio, Tat y Amón que todo viene del Uno, que el ser humano es "un gran milagro", puente entre los dioses y el mundo, y que Egipto es "la imagen del cielo".

Contiene el famoso pasaje sobre las estatuas animadas por los sacerdotes egipcios y la profecía sobre el día en que los dioses abandonarán Egipto.

Traducción inglesa de G. R. S. Mead (Thrice-Greatest Hermes, 1906), en 15 partes. Completa el Corpus Hermeticum que Une Sacra ya tiene.

Fuente: https://www.sacred-texts.com/gno/th2/index.htm

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

CAPÍTULO 1

✦

1 [Trismegisto.] Dios te ha traído hasta nosotros, oh Asclepio, para que escuches un sermón divino, un sermón que bien puede parecer más divino que la piedad de la fe [común], entre todos los anteriores que hemos [ya] pronunciado o que nos han sido inspirados por lo Divino.

2 Si contemplas esta Palabra con el ojo del intelecto, toda tu mente quedará colmada por completo de todo bien.

3 Si, en efecto, los «muchos» son el «bien», y no el «uno», en el que están «todos». De hecho, la diferencia entre ambos se encuentra en su acuerdo: «Todo» procede de «Uno» o «Uno» es «Todo». Cada uno está tan estrechamente unido al otro que ninguno puede separarse de su compañero.

4 Pero esto lo aprenderás con atención diligente en el sermón que seguirá [a este].

5 Pero tú, oh Asclepio, sal un momento y llama al que ha de escuchar.

6 (Y cuando entró, Asclepio propuso que también se permitiera venir a Amón. Entonces el Tres veces grande dijo:)

7 [Tres veces grande.] No hay motivo para mantener a Amón apartado de nosotros. Pues recordamos cómo nosotros mismos hemos escrito muchas cosas dirigidas a él, como a un hijo muy querido y amado, muchas sobre física y tantas sobre ética como fue posible.

8 Sin embargo, inscribiré este tratado con tu nombre.

9 Pero te ruego que no llames a nadie más que a Amón, no sea que la entrada de la multitud eche a perder un sermón muy piadoso sobre un tema tan grandioso.

10 Pues es señal de una mente impía divulgar ante el conocimiento de la multitud un tratado rebosante de la plena Grandeza de la Divinidad.

11 (Cuando también Amón entró en el lugar sagrado, y el grupo sagrado de cuatro quedó completo con piedad y con la buena presencia de Dios — ante ellos, sumidos en un silencio apropiado y reverente, con sus almas y mentes pendientes de los labios de Hermes, así empezó a hablar el Amor Divino.)

12 [Tres veces grande.] El alma de todo hombre, oh [mi] Asclepio, es inmortal; no obstante, no todas del mismo modo, sino unas de una manera o en [un] tiempo, y otras de otro.

13 Asc. ¿No es, entonces, oh Tres veces grande, cada alma de una [misma] cualidad?

14 Tres veces grande. ¡Qué rápido te has apartado, oh Asclepio, de la verdadera sobriedad de la razón!

15 ¿No dije que «Todo» es «Uno», y «Uno» es «Todo», puesto que todas las cosas estaban en el Creador antes de ser creadas? Y no se le llama «Todo» sin razón, pues sus miembros son el «Todo».

16 Por tanto, en todo este argumento, procura tener presente a Aquel que es «Uno»-«Todo», o que es Él mismo el hacedor del «Todo».

17 Todas las cosas descienden del Cielo a la Tierra, al Agua y al Aire.

18 Solo el Fuego, ya que es llevado hacia arriba, da vida; lo que [es llevado] hacia abajo está al servicio del Fuego.

19 Además, todo lo que desciende de lo alto engendra; lo que fluye hacia arriba nutre.

20 Solo la Tierra, ya que descansa sobre sí misma, recibe todas las cosas y [también] restaura todos los géneros que recibe.

21 Este Todo, por tanto, como recuerdas, puesto que comprende todo —es decir, todas las cosas que la naturaleza abarca bajo «Alma» y «Mundo» están en [perpetuo] flujo, y varían por la multiforme igualdad de todas sus formas, de modo que pueden distinguirse innumerables clases de cualidades, pero con este vínculo de unión: que todas parezcan Uno y que de «Uno» proceda «Todo».

22 Así pues, aquello de lo que está formado el Cosmos entero consta de Cuatro Elementos: Fuego, Agua, Tierra y Aire; el Cosmos [mismo es] uno, [su] Alma [es] una, y Dios es uno.

23 Ahora préstame todo tu ser: todo lo que puedas comprender con la mente, todo lo que alcances a penetrar.

24 Pues la Razón de la Divinidad no puede conocerse sino mediante una intención de los sentidos semejante a ella.

25 Se parece a la corriente de un torrente, que se precipita impetuosa desde lo alto con una marea que todo lo devora; así ocurre que, por la rapidez de su curso, es demasiado veloz para nuestra atención, no solo para quienes escuchan, sino también para los propios maestros.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 2

✦

1 El Cielo, pues, Dios perceptible, es el director de todos los cuerpos; los aumentos y las disminuciones de los cuerpos son regidos por el Sol y la Luna.

2 Pero quien gobierna el Cielo, así como su Alma y todas las cosas dentro del Cosmos, es Dios, el hacedor de todas las cosas.

3 Pues de todo lo dicho arriba, sobre lo cual gobierna el mismo Dios, fluye una corriente de todas las cosas que atraviesa el Cosmos y el Alma, de toda clase y especie, por toda la Naturaleza de [todas] las cosas.

4 Además, Dios preparó el Cosmos como receptáculo de formas de toda clase.

5 Con la previsión de estas clases de cosas, extendió el Cosmos hasta el Cielo por medio de los Cuatro Elementos, todo para deleite de los ojos de Dios.

6 Y todo lo que depende de lo Alto se subdivide en especies de la manera que voy a explicar.

7 Los géneros de todas las cosas se corresponden con sus propias especies, de modo que el género es una clase en su totalidad y la especie es parte de un género.

8 Por tanto, el género de los dioses producirá de sí mismo las especies de los dioses.

9 Del mismo modo, el género de los démones y el de los hombres, así como el de las aves y el de todos los [animales] que el Cosmos contiene dentro de sí, da origen a especies semejantes a sí mismo.

10 Además, hay un género distinto del animal: un género, o incluso un alma, ya que no carece de sensación; por eso encuentra felicidad en condiciones favorables y languidece y se deteriora en las adversas. Me refiero a [la clase de] todas las cosas de la tierra que deben su vida al buen estado de raíces y brotes, cuyas diversas especies se extienden por toda la Tierra.

11 El Cielo mismo está lleno de Dios. Por tanto, los géneros que acabamos de mencionar ocupan los espacios de todas las cosas cuyas especies son inmortales.

12 Pues una especie es parte de un género —como, por ejemplo, el hombre de la humanidad—, y una parte debe seguir la cualidad de su propia clase.

13 De ahí resulta que, aunque todos los géneros son inmortales, no todas las especies lo son.

14 El género de la Divinidad es inmortal en sí mismo y también en sus especies.

15 En cuanto a los géneros de las demás cosas, también son eternos como género; aunque [el género] perece en sus especies, perdura gracias a su fecundidad al engendrar. Por eso sus especies están sometidas al poder de la muerte: el hombre es mortal, la humanidad inmortal.

16 Y, no obstante, las especies de todos los géneros se entremezclan con todos los géneros: algunas que ya se habían formado y otras que se forman a partir de estas.

17 Estas últimas, que se están formando —ya sea por los dioses, los démones o los hombres—, son especies muy semejantes a sus respectivos géneros.

18 Pues es imposible que se formen cuerpos sin la voluntad de Dios, que se configuren especies sin la ayuda de los démones, o que los animales sean enseñados y adiestrados sin la ayuda de los hombres.

19 Así pues, aquellos démones que, trascendiendo su propio género, se unen por azar a una especie debido a la proximidad de alguna especie de la clase divina, son considerados semejantes a los dioses.

20 En cambio, las especies de démones que conservan la cualidad de su propia clase aman la naturaleza racional de los hombres [y se ocupan de ellos], y se llaman démones propiamente dichos.

21 Lo mismo ocurre con los hombres, e incluso en mayor medida. La especie humana es diversa y multiforme. Y, al surgir ella misma de la asociación mencionada arriba, necesariamente produce multitud de combinaciones con todas las demás especies y casi con todas las cosas.

22 Por eso el hombre se acerca a los dioses si se une a ellos con piedad divina por medio de su mente, que lo vincula a los dioses; y [se acerca] a los démones, porque también se une a ellos.

23 En cambio, los hombres que se conforman con la mediocridad de su propia clase, al igual que las demás especies de la humanidad, serán semejantes a las especies de la clase a la que se hayan unido.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 3

✦

1 Por razones como estas, Asclepio, el hombre es una maravilla poderosa, un animal digno de nuestra adoración y nuestro respeto.

2 Pues pasa a la Naturaleza de Dios, como si él mismo fuera Dios. Este género también conoce el género de los démones, como si el hombre supiera que comparte un origen con ellos. Tiene en poco la parte de naturaleza humana que hay en él, confiado en la divinidad de su otra parte.

3 ¡Cuánto más feliz es la mezcla de la naturaleza humana [que la de todo lo demás]! Unido a los dioses por su divinidad afín, el hombre mira con desdén la parte de sí mismo que comparte con la Tierra.

4 Las demás cosas, que sabe que son afines a él por el orden celestial [que hay en él], las vincula a sí mismo con lazos de amor; y así dirige la mirada al Cielo.

5 Así pues, [el hombre] ocupa el lugar más dichoso del medio; ama a [todos] los que están debajo de él y, a su vez, es amado por los que están arriba.

6 Cultiva la Tierra. Se mezcla con los Elementos gracias a la rapidez de su mente. Se sumerge en las profundidades del mar por medio de su hondura. Aprecia todas las cosas.

7 El Cielo no le parece demasiado alto, pues la sabiduría de su mente lo mide como si estuviera muy cerca.

8 Ninguna oscuridad del Aire impide la penetración de su mente. Ninguna densidad de la Tierra obstaculiza su labor. Ninguna profundidad del Agua embota su vista.

9 [Aunque sigue siendo] el mismo, es todo y está en todas partes igual.

10 De todos estos géneros, los que son animales tienen [muchas] raíces que se extienden desde arriba hacia abajo; en cambio, los que permanecen fijos envían desde [una] raíz viva un bosque de ramajes verdes que brota desde abajo hacia las partes superiores.

11 Además, algunos se nutren de dos tipos de alimento, mientras que otros, de uno solo.

12 Hay dos formas de alimento: para el alma y para el cuerpo, de los que constan [todos] los animales. Su alma se nutre del movimiento siempre agitado del Mundo; sus cuerpos crecen con alimentos [extraídos] del agua y de la tierra del mundo inferior.

13 El Espíritu, con el que todos están llenos, al mezclarse con lo demás les da vida; a esto se añade la sensación y, en el caso del hombre, también la razón, que solo al hombre le ha sido dada como quinta parte, procedente del éter.

14 De todos los seres vivos que [Dios] adorna, extiende y exalta, solo la sensación del hombre se eleva hasta comprender la Razón de la Divinidad.

15 Pero como me siento impulsado a hablar sobre la Sensación, un poco más adelante expondré para ustedes el sermón sobre este [tema], pues es muy sagrado y poderoso, no menos que la propia Razón de la Divinidad.

16 Pero ahora terminaré para ustedes lo que he comenzado. Al principio hablaba de la unión con los dioses, por la cual solo los hombres disfrutan conscientemente de la atención de los dioses; me refiero a los hombres que han alcanzado tal arrobamiento que han obtenido una parte de ese Sentido divino de la inteligencia, el más divino de los sentidos, que se encuentra en Dios y en la razón del hombre.

17 Asc. ¿No son iguales los sentidos de todos los hombres, Tres veces grande?

18 Tres veces grande. No, [mi] Asclepio, no todos han alcanzado la verdadera razón; lanzándose locamente en busca de su imitación, nunca ven la cosa misma y se engañan. Esto engendra el mal en sus mentes y [así] transforma al mejor de los animales en una bestia, con las costumbres de los brutos.

19 Pero acerca de la Sensación y de todas las cosas semejantes expondré el discurso completo cuando hable del Espíritu.

20 Pues el hombre es el único animal doble. Una parte de él es simple: el hombre «esencial», como dicen los griegos, pero que nosotros llamamos la «forma de la Semejanza Divina».

21 También es cuádruple: aquello que los griegos llaman «hílico», [pero] que nosotros llamamos «cósmico»; de ello está hecha la parte corporal, en la que está revestido lo que acabamos de llamar divino en el hombre; allí, la

divinidad de la Mente sola, junto con lo que le es afín, es decir, los sentidos de la Mente pura, encuentra hogar y reposo: ella misma consigo misma, como encerrada entre las paredes del cuerpo.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 4

✦

1 Asc. ¿Qué ha hecho, entonces, oh tres veces grandísimo, que el hombre sea plantado en el mundo y no pase su vida en la dicha más plena, en aquella parte [del universo] donde está Dios?

2 [Tris.] ¡Con razón preguntas, oh [mi] Asclepio! Y rogamos a Dios que nos conceda la capacidad de exponer esta razón, pues todo depende de su voluntad, y especialmente aquellas cosas que se exponen acerca del Todo supremo, la Razón que es objeto de nuestro argumento presente. ¡Escucha, entonces, Asclepio!

3 El Señor y Creador de todas las cosas, a quien llamamos Dios con razón, cuando hizo de sí mismo al segundo [Dios], el Visible y Sensible —lo llamo Sensible, no porque tenga sensación en sí mismo (pues sobre si tiene o no sensación en sí mismo hablaremos en otra ocasión), sino porque es objeto de los sentidos de quienes lo ven—, cuando, entonces, lo hizo primero, pero segundo después de sí mismo, y le pareció [muy] hermoso, como colmado de la bondad de todas las cosas, se enamoró de él, por ser parte de su Divinidad.

4 Por consiguiente, como era tan poderoso y tan hermoso, quiso que algún otro tuviera la capacidad de contemplar al que había creado de sí mismo. Y entonces hizo al hombre, imitador de su Razón y de su Amor.

5 La voluntad de Dios es por sí misma realización completa; pues, al mismo tiempo que quiso, lo llevó a pleno cumplimiento.

6 Así, cuando comprendió que el hombre "esencial" no podía amar todas las cosas, a menos que lo revistiera con una coraza cósmica, lo encerró en una casa de cuerpo —y dispuso que todos [los hombres] fueran así—, haciendo de ambas naturalezas una sola mezcla, armoniosa y bien proporcionada.

7 Por eso hizo al hombre de alma y cuerpo, es decir, de una naturaleza eterna y otra mortal, para que un ser vivo así compuesto pudiera satisfacer su doble origen: admirar y venerar las cosas del cielo, y cultivar y gobernar las de la tierra.

8 Por cosas mortales no me refiero al agua o a la tierra [mismas], pues estas son dos de los elementos [inmortales] que la naturaleza ha puesto bajo el dominio de los hombres, sino [a] las cosas hechas por los hombres, o [que están] en ellos o provienen de ellos, tales como el cultivo de la propia tierra, los pastos, [y] las construcciones, los puertos, los viajes, las comunicaciones y los servicios mutuos, que son los lazos más firmes entre los hombres y aquella parte del Cosmos que consiste [ciertamente] en agua y tierra, [pero que es] la parte terrena del Cosmos, preservada por el conocimiento y el uso de las artes y las ciencias; sin esas [cosas], Dios no quiere que el Cosmos esté completo.

9 La necesidad sigue a lo que parece bien a Dios; la acción acompaña a su voluntad.

10 Tampoco es creíble que aquello que alguna vez le agradó deje de agradar a Dios, pues desde mucho antes conoce tanto lo que será como lo que le agradará.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 5

✦

1 Pero, oh Asclepio, veo que, con el rápido deseo de tu mente, tienes prisa por saber cómo puede el hombre amar y venerar el Cielo o las cosas que hay en él. ¡Escucha, entonces, Asclepio!

2 El amor a Dios y al Cielo, junto con todos los que están en él, es un acto perpetuo de veneración.

3 Ningún otro ser con alma, ni dios ni animal, puede hacer esto, salvo únicamente el hombre. En la admiración, la adoración [y] la alabanza de los hombres, y [en sus] actos de veneración, encuentran su deleite el Cielo y sus huestes.

4 No es sin motivo que el coro de las Musas haya sido enviado por la Deidad suprema a la multitud de los hombres, para que, en verdad, el mundo terreno no pareciera demasiado inculto por carecer del encanto de las medidas, sino que, con los cantos y las alabanzas de los hombres acompañados de música, pudiera ser alabado Él, que es el único Todo o el Padre de todo; y así, ni siquiera en las tierras debería faltar la dulzura de la armonía de la alabanza celestial.

5 Así, algunos, aunque muy pocos, dotados de la Mente pura, han recibido el encargo sagrado de contemplar el Cielo.

6 En cambio, aquellos hombres que, por la doble mezcla de su naturaleza, aún no han apartado su razón interior de la masa de su cuerpo, están destinados al estudio de los elementos y [de] todo lo que está debajo de ellos.

7 Así, el hombre es un animal; pero no por ser en parte mortal es menos poderoso, sino que parece tanto más apto y capaz de alcanzar la Razón cierta, puesto que también se le ha concedido la mortalidad.

8 Pues es claro que no habría podido soportar el esfuerzo de ambas cosas si no hubiera sido formado de las dos naturalezas, para poder tener la capacidad de cultivar las cosas terrenales y amar el Cielo.

9 Quisiera que comprendieras la Razón de una tesis como esta, oh [mi] Asclepio, no solo con la atención aguda de tu alma, sino también con su fuerza vital [igualmente].

10 Pues es una Razón que la mayoría de los hombres no puede creer; lo Perfecto y lo Verdadero han de ser comprendidos por las mentes más santas. Por eso, comenzaré.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 6

✦

1 El Señor de la Eternidad es el primer Dios; el Cosmos, el segundo; el hombre, el tercero.

2 Dios es el Hacedor del Cosmos y de todas las cosas que hay en él; al mismo tiempo, gobierna todo, incluido el hombre, que es el gobernante de la cosa compuesta. El hombre, al tomarla toda sobre sí, la convierte en objeto del cuidado propio de su amor, para que ambos, él mismo y el Cosmos, sean un adorno el uno para el otro; de modo que, por esta composición divina del hombre, parece muy apropiado que «mundo» se llame «Cosmos» en griego.

3 Se conoce a sí mismo; también conoce el Mundo. Así recuerda lo que conviene a sus propias partes. Tiene presente lo que debe usar para que le sirva, y da la mayor alabanza y las gracias a Dios, reverenciando Su Imagen, sin ignorar que él también es la segunda imagen de Dios; pues hay dos imágenes de Dios: el Cosmos y el hombre.

4 Así sucede que, ya que la estructura del hombre es una sola, en la parte que consta de Alma, Sentido, Espíritu y Razón, es divino; por eso parece tener el poder de elevarse desde los elementos más altos, por así decirlo, hasta el Cielo.

5 Pero en su parte cósmica, compuesta de fuego, agua y aire, permanece mortal en la Tierra, para no dejar abandonadas y desamparadas todas las cosas confiadas a su cuidado.

6 Así, la humanidad está hecha en una parte inmortal y en la otra sujeta a la muerte mientras está en un cuerpo.

7 Ahora bien, de esa naturaleza doble —es decir, del hombre— hay una capacidad principal. [Y esta es] la piedad, a la que sigue la bondad.

8 [Y] esta capacidad parece perfeccionarse solo entonces, y solo si se fortalece con la virtud de despreciar todos los deseos de cosas ajenas.

9 Pues todas las cosas de la Tierra son ajenas a cualquier parentesco con los Dioses, todo lo que se posee por deseos corporales; a eso, con razón, lo llamamos «posesiones», porque no nace con nosotros, sino que empezamos a poseerlo más tarde; por eso lo llamamos posesiones.

10 Así pues, todas esas cosas son ajenas al hombre, incluso su cuerpo. De modo que podemos despreciar no solo lo que anhelamos, sino también aquello de lo que nos viene el vicio del anhelo.

11 En la medida en que el crecimiento de la razón guía nuestra alma, en esa medida uno debe ser hombre; para que, al contemplar lo divino, mire desde arriba y desprecie la parte mortal que se le ha unido por la necesidad de ayudar al mundo inferior.

12 Pues, para que el hombre sea completo en ambas partes, observa que ha sido compuesto de elementos de cada una en grupos de cuatro: tiene manos y pies, ambos en pares, y los demás miembros de su cuerpo, por medio de los cuales puede servir al mundo inferior, es decir, al mundo terrestre.

13 Y a estas partes se añaden otras cuatro: el sentido, el alma, la memoria y la previsión, por medio de las cuales puede conocer las demás cosas divinas y juzgarlas.

14 De ahí resulta que el hombre investiga las diferencias y cualidades, los efectos y las cantidades de las cosas, con un examen crítico; pero, como lo retiene el peso demasiado grande de la imperfección del cuerpo, no puede discernir debidamente las causas verdaderas de la naturaleza de las cosas que realmente existen.

15 Así pues, el hombre, creado y compuesto de este modo, y destinado por el Dios Altísimo a tal ministerio y servicio, al mantener el mundo en el orden debido, adorar piadosamente a Dios y obedecer de manera apropiada y conveniente la Buena Voluntad de Dios, siendo como es, ¿con qué recompensa crees que debería ser recompensado?

16 En efecto, puesto que el Cosmos es obra de Dios, quien conserva su belleza y la acrecienta con su amor une su propia obra a la Voluntad de Dios; cuando, con esfuerzo y cuidado, da forma a las especies —que Él ya creó con Su Intención Divina— con ayuda de su propio cuerpo, ¿con qué recompensa crees que debería ser recompensado, si no con aquella con que fueron bendecidos nuestros antepasados?

17 Que este sea el deleite del Amor de Dios: tal es nuestra oración por ustedes, devotos.

18 En otras palabras, que Él, cuando hayan cumplido su tiempo, se hayan desprendido de las ataduras del mundo y se hayan liberado de los lazos mortales, los devuelva puros y santos a la naturaleza de su ser superior, es decir, a lo Divino.

19 Asc. Hablas con razón y verdad, oh tres veces grande. Este es el premio para quienes someten piadosamente sus vidas a Dios y viven para ayudar al mundo.

20 Tris. Sin embargo, a quienes hayan vivido de otro modo, impíamente, se les niega el regreso al Cielo y se les asigna migrar a otros cuerpos, indignos de un alma santa y viles; de modo que, como mostrará este discurso nuestro, las almas durante su vida en la Tierra corren el riesgo de perder la esperanza de la inmortalidad futura.

21 Pero a algunos todo esto les parece increíble; a otros, un cuento; y a otros, quizá, motivo de risa.

22 Pues en esta vida corporal es placentero el placer que uno obtiene de sus posesiones. Por eso la maldad, envidiosa de la esperanza de inmortalidad, encierra el alma en una prisión, como dicen, y la mantiene sometida, de modo que permanece en la parte de sí misma que es mortal y no se le permite conocer su parte divina.

23 Pues te diré, como si hablara proféticamente, que después de nosotros nadie tendrá el Amor Único, el amor a la sabiduría, que consiste solo en el Conocimiento de la Divinidad: la contemplación perpetua y la piedad santa. Pues muchos confunden la filosofía con razonamientos diversos.

24 Asc. ¿Por qué, entonces, a muchos les cuesta tanto comprender la filosofía, o por qué la confunden con razonamientos diversos?

25 Tris. Es así, Asclepio: la mezclan, mediante exposiciones sutiles, con diversas ciencias difíciles de comprender, como la aritmética, la música y la geometría.

26 Pero la Filosofía Pura, que depende únicamente de la piedad hacia Dios, solo debería ocuparse de otras artes en la medida necesaria para apreciar el cálculo de las posiciones predeterminadas de las estrellas cuando regresan y el curso de su movimiento.

27 Además, que sepa apreciar las dimensiones de la Tierra, sus cualidades y cantidades, las profundidades del Agua, la fuerza del Fuego y los efectos y la naturaleza de todas estas cosas. [Y así] que rinda culto y alabanza al Arte y a la Mente de Dios.

28 En cuanto a la [verdadera] Música, conocerla no es otra cosa que conocer el orden de todas las cosas y todo lo que ha decretado la Razón de Dios.

29 Pues el orden de cada cosa, reunido en una sola [armonía] para todas, mediante una razón hábil, producirá, por así decirlo, la armonía más dulce y verdadera con el Canto de Dios.

30 Asc. ¿Quiénes serán, entonces, los hombres que vendrán después de nosotros?

31 Tris. Se dejarán extraviar por la astucia de los sofistas y se apartarán de la Filosofía Verdadera, el Amor Puro y Santo.

32 Pues adorar a Dios con una sola mente y alma, reverenciar las cosas que Él ha creado y dar gracias a Su Voluntad, que es lo único plenamente bueno: eso es la Filosofía libre de la áspera curiosidad del alma.

33 Pero baste lo dicho hasta aquí sobre este asunto.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 7

✦

1 Y ahora comencemos a tratar del Espíritu y de cosas semejantes.

2 Al principio estaban Dios y la Materia, que en griego creemos que es el Cosmos; y el Espíritu estaba con el Cosmos, o el Espíritu estaba en el Cosmos, pero no del mismo modo que en Dios; ni había todavía en Dios cosas de las cuales nace el Cosmos.

3 No estaban; precisamente porque no estaban, sino que aún se hallaban en aquella condición de la que nacieron.

4 Pues no solo se llaman ingenerables las cosas que aún no han nacido, sino también las que carecen de la capacidad fecundante de generar, de modo que nada puede nacer de ellas.

5 Así pues, todas las cosas que tienen en sí la capacidad de generar son generables, es decir, de ellas puede producirse un nacimiento, aunque nazcan únicamente de sí mismas. Pues no hay duda de que de las que nacen de sí mismas puede producirse fácilmente un nacimiento, ya que de ellas nacen todas las cosas.

6 Dios, pues, el imperecedero, Dios el eterno, no puede nacer ni podría haber nacido. Es, fue y será por siempre. Esta, por tanto, es la naturaleza de Dios: todo proviene únicamente de sí mismo.

7 Pero la Materia (o la naturaleza del Cosmos) y el Espíritu, aunque no parezcan cosas nacidas de fuente alguna, poseen en sí mismos la capacidad de generación y de engendrar: la naturaleza de la fecundidad.

8 Pues el principio está precisamente en esa cualidad de la naturaleza que posee en sí misma la capacidad y la materia tanto de concebir como de dar a luz. Esta, entonces, sin concebir de otro, es generable por sí misma.

9 Por otra parte, las cosas que solo tienen la capacidad de dar a luz al mezclarse con otra naturaleza deben distinguirse de este modo: este Espacio del Cosmos, con cuanto hay en él, parece no haber nacido, pues el Cosmos contiene sin duda toda la potencia de la Naturaleza.

10 Por «Espacio» entiendo aquello en lo que están todas las cosas. Pues estas cosas no podrían existir si no hubiera Espacio que las contuviera. Ya que debe haber Espacio para todas las cosas que han existido.

11 Pues no podrían distinguirse las cualidades, las cantidades, las posiciones ni las operaciones de las cosas que no están en ninguna parte.

12 Así pues, el Cosmos, aunque no haya nacido, contiene en sí los nacimientos de todo, pues ofrece a todas esas cosas los úteros más fecundos para su concepción.

13 Es, por tanto, la suma de toda la cualidad de la Materia que posee potencia creadora, aunque ella misma no haya sido creada.

14 Y puesto que esta cualidad de la Materia es por naturaleza productiva, esa misma fuente produce tanto el mal como el bien.

15 Por eso, Asclepio y Amón, no he dicho lo que muchos dicen: que Dios no podía extirpar y desterrar el mal del orden de las cosas; a eso ni siquiera hace falta responder. Sin embargo, por ustedes continuaré lo que he comenzado y daré una explicación.

16 Dicen que Dios debería haber librado al Mundo del mal de todas las maneras, pues hay tanto mal en el Mundo que parece ser uno de sus miembros.

17 Esto lo previó el Dios Altísimo y dispuso lo necesario, tanto como razonablemente podía hacerse, cuando consideró apropiado dotar de sentidos, conocimiento e inteligencia a las mentes humanas.

18 Pues solo gracias a estas cosas, por las que estamos por encima de los demás animales, podemos evitar las trampas y los delitos del mal.

19 Quien, al verlas, se aparte de ellas antes de quedar atrapado, es una persona protegida por la inteligencia divina y la prudencia piadosa.

20 Pues los cimientos del verdadero conocimiento están formados por las piedras angulares de la virtud.

21 Por medio del Espíritu se gobiernan todas las cosas en el Cosmos y se les da vida; el Espíritu está sometido a la Voluntad del Dios Altísimo, como si fuera un motor o una máquina.

22 Concibámoslo, pues, solo hasta donde puede concebirse: como aquel que solo puede concebirse con la mente, a quien llaman Dios Altísimo, Gobernante y Director del Dios Sensible; aquel que en sí mismo incluye todo Espacio, toda Sustancia y toda Materia, las cosas que producen y engendran, y todo cuanto existe, por grande que sea.

23 Por medio del Espíritu se mueve o gobierna cada especie del Cosmos, según la naturaleza propia que Dios le ha dado.

24 La Materia, o Cosmos, por otro lado, es aquello que contiene todas las cosas: el campo del movimiento y lo que las reúne; Dios lo gobierna y distribuye a cada cosa cósmica cuanto necesita.

25 Él llena todas las cosas con el Espíritu, según la cualidad de la naturaleza propia de cada una.

26 Ahora bien, como la redondez hueca del Cosmos gira en forma de esfera, por su propia cualidad o forma nunca puede ser del todo visible para sí misma.

27 Así que, por alto que elijas un lugar en ella para mirar hacia abajo, no podrías ver desde allí lo que está en el fondo, porque en muchos lugares se presenta ante los sentidos y por eso se piensa que posee la cualidad de ser visible por completo.

28 Pues solo por las formas de las especies, cuyas imágenes parecen estar grabadas en ella, se piensa que es como si fuera visible por completo; pero, en realidad, siempre es invisible para sí misma.

29 Por eso, su fondo, o su parte más baja, si tal lugar existe dentro de una esfera, se llama en griego a-eidēs, pues en griego eidein significa «ver», algo de lo que carece el principio de la esfera: ser visto.

30 De ahí también que las especies se llamen eideai, pues tienen una forma que no podemos ver.

31 Por tanto, como están privadas de ser vistas, en griego se llaman Hades; y como están en el fondo de la esfera, en latín se llaman Inferi.

32 Estas, pues, son principales y anteriores y, por así decirlo, las fuentes y cabezas de todas las cosas que están en ellas, por medio de ellas o proceden de ellas.

33 Asc. Entonces, todas las cosas en sí mismas (como tú dices, Trismegisto) son cósmicas (como yo diría), principios de todas las especies que hay en ellas, o, por así decirlo, la suma y la sustancia de cada una.

34 Tris. El Cosmos alimenta los cuerpos; el Espíritu, las almas; y el Sentido [Superior] (don celestial con el que solo la humanidad ha sido bendecida) alimenta la mente.

35 Y no todos los hombres lo reciben, sino unos pocos, cuyas mentes tienen tal cualidad que pueden acoger una bendición tan grande.

36 Pues así como el Sol ilumina el Mundo, esa Luz ilumina la mente humana; más aún, con mayor intensidad.

37 Pues todo aquello sobre lo que brilla el Sol queda pronto despojado de su luz por la interposición de la Tierra o la Luna, o por la llegada de la noche.

38 Pero una vez que el Sentido [Superior] se mezcla con el alma humana, la feliz unión de sus naturalezas produce armonía; así, las mentes de esta clase ya nunca quedan atrapadas en los errores de la oscuridad.

39 Por eso, con razón han dicho que los Sentidos [Superiores] son las almas de los dioses; y añado: no de todos los dioses, sino solo de los grandes, e incluso de los principios de estos.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 8

✦

1 Asc. ¿Qué llamas, oh tres veces grande, las cabezas de las cosas o los orígenes de los comienzos?

2 Tris. Grandes son los misterios que te revelo, divinos los secretos que te descubro; por eso comienzo este asunto con plegarias para obtener el favor del Cielo.

3 Numerosas son las jerarquías de los dioses; de todas ellas, una clase se llama la Noumenal y la otra, la Sensible.

4 A las primeras se las llama Noumenales, no porque se piense que están más allá de nuestros sentidos; pues estos son justamente los dioses que percibimos con más verdad que aquellos a los que llamamos visibles, como demostrará nuestro argumento y tú, si prestas atención, estarás preparado para ver.

5 Pues un razonamiento elevado, y mucho más uno demasiado divino para la comprensión mental de los hombres [comunes], si las palabras de quien habla no se reciben con una atención más diligente del oído, volará y fluirá más allá de ellos; o, mejor dicho, fluirá de vuelta y se mezclará con las corrientes de su propia fuente.

6 Hay, pues, [ciertos] dioses que son los principios de todas las especies.

7 Después vienen aquellos cuya esencia es su principio. Estos son los Sensibles, cada uno semejante a su propia fuente doble, que por medio de su sensibilidad afecta todas las cosas: una parte, a través de la otra [en cada

uno], hace brillar la obra propia de cada ser.

8 De los Cielos —o de cuanto esté comprendido en ese término—, el jefe de la esencia es Zeus; pues por medio de los Cielos Zeus da vida a todos.

9 El jefe de la esencia del Sol es la luz; pues el buen don de la luz se derrama sobre nosotros por medio del disco solar.

10 Los «Treinta y seis», llamados Horóscopos, ocupan el mismo espacio que las Estrellas Fijas; de estos, el jefe o príncipe de la esencia es aquel a quien llaman Pantomorfo u Omniforme, que da forma a las diversas formas de las distintas especies.

11 Los «Siete», llamados esferas, tienen jefes de esencia, es decir, [cada uno tiene] sus propios gobernantes, a quienes en conjunto llaman Fortuna y Heimarmenē; por ellos todas las cosas cambian según la ley de la naturaleza, y la estabilidad perpetua varía con el movimiento incesante.

12 Además, el Aire es el instrumento o mecanismo por el cual se hacen todas las cosas —(no obstante, tiene un jefe de esencia, un segundo [Aire])—, lo mortal a partir de cosas mortales y de cosas semejantes.

13 Estas jerarquías de dioses, pues, siendo así y estando relacionadas [de este modo], desde abajo hasta arriba, también están conectadas entre sí de esta manera y tienden unas hacia otras; así, las cosas mortales están ligadas a lo mortal, y las cosas sensibles a lo sensible.

14 Sin embargo, todo este [gran orden de] gobierno parece, a Aquel que es el Señor Altísimo, ser muchas cosas o, más bien, una sola.

15 Pues todas las cosas dependen de Uno y descienden de Él; cuando se las ve por separado, se piensa que son tantas como pueden ser; pero en su unión son una sola cosa, o más bien dos, de las que se hacen todas las cosas: la Materia, por medio de la cual se hacen las demás cosas, y la Voluntad de Aquel, por cuyo asentimiento llegan a realizarse.

16 Asc. ¿Es esa otra vez la razón, oh tres veces grande?

17 Tris. Así es, Asclepio. Dios es el Padre o Señor de todo, o comoquiera que los hombres lo nombren de un modo más santo y piadoso, nombre que deberíamos reservar entre nosotros para nuestro entendimiento.

18 Pues si contemplamos a este Dios tan trascendente, no lo definiremos con ninguno de esos nombres.

19 Porque si una palabra hablada es esto: un sonido que sale del aire cuando el aliento lo golpea, que expresa quizá toda la voluntad del hombre o, si no, el sentido [superior] que el hombre percibe por medio de la mente, cuando está fuera de [todos sus] sentidos —un nombre cuya materia, formada por una o dos sílabas, ha sido delimitada y ponderada para servir al hombre como vínculo necesario entre la voz y el oído—, así también el Nombre de Dios en su totalidad debe constar de Sentido, Espíritu y Aire, y de todas las cosas que están en ellos, o por medio de ellos, o con ellos.

20 En verdad, no espero que el Creador de toda la Grandeza, el Padre y Señor de todas las cosas [que existen], pueda tener un solo nombre, aunque estuviera compuesto por una multitud: Él, que no puede ser nombrado o, mejor dicho, que puede ser llamado por todo nombre.

21 Pues Él es Uno y Todo; por eso, todas las cosas deben llamarse con el mismo nombre que Él, o Él mismo debe ser llamado con los nombres de todas.

22 Él solo, y no obstante completo en la fecundidad de ambos sexos, siempre encinta de su propia Voluntad, da a luz continuamente todo lo que ha querido engendrar.

23 Su Voluntad es la Bondad suprema, que también es la Bondad de todas las cosas, nacida de la naturaleza de su propia Divinidad, para que todas las cosas sean tal como han sido siempre, y para que, de aquí en adelante, la naturaleza de nacer de sí mismas sea suficiente para todas las cosas que habrán de nacer.

24 Que esto, pues, te sirva de explicación, Asclepio, de por qué y cómo todas las cosas están hechas de ambos sexos.

25 Asc. ¿Hablas, entonces, de Dios, oh tres veces grande?

26 Tris. No solo de Dios, Asclepio, sino de todo ser vivo e inanimado. Pues es imposible que cualquiera de las cosas que existen carezca de fecundidad.

27 Si se quitara la fecundidad de todas las cosas que existen, no podrían seguir siendo para siempre lo que son. Quiero decir que la Naturaleza, el Sentido y el Cosmos tienen en sí el poder de nacer y de preservar todas las cosas que nacen.

28 Ambos sexos están llenos de capacidad procreadora; y cada uno se une con el otro o, más exactamente, [ambos forman] una unidad incomprensible, que puedes llamar con razón Eros o Afrodita, o con ambos nombres.

29 Esto, pues, es más verdadero que toda verdad y más claro que lo que percibe la mente [con su mirada]: que de aquel Dios Universal de la Naturaleza Universal todas las demás cosas han recibido desde siempre el misterio de engendrar; en él están presentes la más dulce Caridad, la Alegría, el Regocijo, el Anhelo y el Amor Divino.

30 Habríamos tenido que hablar del gran poder y la fuerza de este misterio si cualquiera no pudiera conocerlo por experiencia propia, observándose a sí mismo.

31 Pues si contemplaras aquel momento supremo en que . . . una naturaleza vierte a sus jóvenes en la otra, y la otra los absorbe ávidamente de la primera y los oculta [cada vez] más hondo en sí misma, entonces, en ese momento, de su unión mutua, las hembras adquieren la naturaleza de los machos, y los machos se cansan de la apatía femenina.

32 Y así, la consumación de este misterio, tan dulce y necesaria, ocurre en secreto, para que la divinidad de ambos sexos no se vea obligada a avergonzarse de la unión natural a causa de las burlas vulgares de la ignorancia, y mucho más aún si quedara expuesta a la mirada de gente impía.

33 Sin embargo, los piadosos no son numerosos; al contrario, son muy pocos, tanto que se los puede contar en todo el mundo.

34 De ahí que en muchos habite el mal, por falta del Conocimiento y del Discernimiento de las cosas que existen.

35 Pues del entendimiento de la Razón divina, por la cual se ordenan todas las cosas, nacen el desprecio y el remedio del vicio en todo el mundo.

36 Pero cuando persisten el desconocimiento y la ignorancia, todas las cosas viciosas cobran fuerza y atormentan el alma con heridas incurables; así, infectada y corrompida por ellas, se hincha como si estuviera envenenada, salvo en quienes conocen la Disciplina de las almas y la Cura suprema del intelecto.

37 Así pues, aunque solo pueda beneficiar a unos pocos, conviene desarrollar y explicar esta tesis: por qué la Divinidad se ha dignado compartir solo con los hombres su ciencia y su entendimiento. ¡Escucha, pues!

38 Cuando Dios, nuestro Padre y Señor, hizo al hombre después de los dioses, con una mezcla igual de una parte cósmica menos pura y otra divina, sucedió [naturalmente] que las imperfecciones de la parte cósmica permanecieron mezcladas con nuestros cuerpos, junto con otras, debido al alimento y al sustento que necesariamente compartimos con todos los seres vivos; por estas razones, los deseos, las pasiones y otros vicios de la mente debían ocupar las almas de la humanidad.

39 En cuanto a los dioses, como habían sido hechos de la parte más hermosa de la Naturaleza y no necesitan los apoyos de la razón ni de la disciplina, aunque su inmortalidad y la fuerza misma de permanecer siempre en una sola edad hacen aquí las veces de prudencia y ciencia, por la unidad de la razón, en lugar de ciencia e intelecto (para que los dioses no fueran ajenos a estas cosas), Él les estableció, mediante su ley eterna, un orden limitado por la necesidad de la ley.

40 En cuanto al hombre, Él lo distingue de todos los demás animales solo por la razón y la disciplina, mediante las cuales los hombres pueden quitar y separar los vicios de sus cuerpos, mientras Él los ayuda a esperar y esfor-

zarse por alcanzar la inmortalidad.

41 En fin, hizo al hombre bueno y capaz de compartir la vida inmortal, a partir de dos naturalezas: una mortal y otra divina.

42 Y precisamente porque está formado así por la Voluntad de Dios, está dispuesto que el hombre sea superior tanto a los dioses, hechos únicamente de naturaleza inmortal, como a todas las cosas mortales.

43 Por esto, el hombre, unido a los dioses por parentesco, los reverencia con piedad y espíritu santo; y los dioses, por su parte, con piadosa compasión, consideran y protegen todas las cosas de los hombres.

44 Pero esto solo puede afirmarse de unos pocos hombres dotados de espíritu piadoso. De los demás, la gente viciosa, no debemos decir palabra, no sea que el pensar en ellos eche a perder un sermón muy sagrado.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 9

✦

1 Y puesto que nuestro sermón trata de la relación y el trato entre los hombres y los dioses, aprende, Asclepio, el poder y la fuerza del hombre.

2 Nuestro Señor y Padre, o el Dios Altísimo, es el Creador de los dioses del cielo; así también el hombre es hacedor de los dioses que, en los templos, reciben la visita del hombre y no solo reciben luz, sino que también emiten su luz sobre todos. El hombre no solo se acerca a los dioses, sino que también confirma a los dioses en la tierra.

3 ¿Te sorprende, Asclepio? ¿O acaso tampoco tú lo crees?

4 Asc. Estoy asombrado, tres veces grande, pero acepto de buen grado todas tus palabras. Considero muy dichoso al hombre que ha alcanzado tan gran felicidad.

5 Tris. Y con razón; pues merece nuestra admiración, porque es el más grande de todos ellos.

6 En cuanto a la especie de los dioses del cielo, es evidente, por la mezcla de todos ellos, que fue engendrada de la parte más hermosa de la naturaleza, y que sus únicas señales distintivas son, por así decirlo, ante todo sus cabezas.

7 En cambio, las especies de dioses que construye la humanidad se forman de ambas naturalezas: de la naturaleza más antigua y mucho más divina, y de la que hay en los hombres; es decir, de la materia de la que fueron hechos y configurados, no solo en sus cabezas, sino también en cada miembro y en todo su cuerpo.

8 Y así, al representar a la divinidad, la humanidad recuerda la naturaleza y el origen de su propio ser.

9 Así como nuestro Padre y Señor hizo a los dioses eternos para que fueran semejantes a él, también la humanidad configuró sus propios dioses a semejanza de su propia apariencia.

10 Asc. No te refieres a sus estatuas, ¿verdad, tres veces grande?

11 Tris. Me refiero a sus estatuas, Asclepio. ¿No ves cuánto dudas todavía? Son estatuas dotadas de alma y llenas de espíritu, que producen resultados tan poderosos y tan extraordinarios; estatuas capaces de prever lo que ha de venir y que quizá pueden profetizar, anunciando las cosas por medio de sueños y de muchas otras maneras; estatuas que quitan las fuerzas a los hombres o curan su dolor, si estos lo merecen.

12 ¿No sabes, Asclepio, que Egipto es la imagen del cielo o, lo que es aún más cierto, el traslado o el descenso de todo lo que se gobierna o actúa en el cielo? Y, si se ha de decir algo todavía más cierto, esta tierra nuestra es el santuario de todo el mundo.

13 Además, ya que es propio de los prudentes conocer de antemano todas las cosas, no está bien que ignoréis esto.

14 Llegará el tiempo en que parecerá que Egipto ha servido en vano a la divinidad con espíritu piadoso y culto constante, y todo su culto sagrado quedará en nada y será inútil.

15 Pues la divinidad está a punto de apresurarse a regresar de la tierra al cielo, y Egipto quedará abandonado; y la tierra, que fue sede de cultos piadosos, quedará privada y desolada por la ausencia de los dioses.

16 Extranjeros llenarán esta región y esta tierra. No solo se descuidarán los cultos piadosos, sino que, lo que es aún más doloroso, como si así lo dispusieran las leyes, se decretará una pena contra la práctica de nuestros cultos piadosos y la adoración de los dioses: su prohibición total.

17 Entonces esta tierra santísima, sede de nuestros santuarios y templos, quedará colmada de tumbas y cadáveres.

18 ¡Oh Egipto, Egipto! De tus cultos piadosos solo quedarán relatos, tan increíbles para tus propios hijos como para los demás hombres; solo quedarán palabras grabadas en tus piedras que relaten tus piadosas obras.

19 Y Egipto será hogar de un escita, un indio o alguien semejante: un vecino extranjero.

20 Sí, pues la compañía divina volverá a subir al cielo, y todos sus adoradores abandonados morirán; y Egipto, así privado de dios y de hombres, será abandonado.

21 Y ahora te hablo a ti, río santísimo. Te digo lo que sucederá. Desbordarás tus orillas con torrentes de sangre. No solo se mancharán de sangre tus divinas corrientes, sino que todas rebosarán de ella.

22 El número de las tumbas superará con mucho al de los vivos; y el resto que sobreviva será egipcio solo en su lengua, pero extranjero en sus acciones.

23 ¿Por qué lloras, Asclepio? Y aún más, mucho más desdichada será Egipto misma, pues será empujada a males mayores y quedará manchada por ellos.

24 Pues ella, la Tierra Santa, antes justamente la más amada por Dios por su piadoso servicio a los dioses en la tierra, ella, única colonia de santidad y maestra de religión en la tierra, será ejemplo de todo lo más bárbaro.

25 Y entonces, por nuestra aversión a la humanidad, el mundo ya no parecerá digno de nuestra admiración y alabanza.

26 Todo este bien —que nada más hermoso se ha visto, ni existe ni existirá jamás— estará en peligro.

27 Y será una carga para los hombres; por eso despreciarán y dejarán de amar este cosmos en su conjunto: obra inmutable de Dios, gloriosa creación del Bien, compuesta de formas diversas; instrumento de la voluntad de Dios, que sostiene generosamente su propia obra; multitudinario conjunto reunido en la unidad de todas las cosas, digno de reverencia, alabanza y amor, al menos para quienes tienen ojos para ver.

28 La oscuridad se antepondrá a la luz, y se considerará que la muerte es preferible a la vida. Nadie alzará los ojos al cielo; al hombre piadoso lo tendrán por loco, y al impío por sabio; al frenético lo tendrán por fuerte, y al peor por el mejor.

29 El alma y todo lo relacionado con ella —por lo cual supone que ha nacido inmortal o que alcanzará la inmortalidad, según el argumento que les he expuesto— será considerado no solo motivo de burla, sino también vanidad.

30 Más aún, si me creéis, se decretará la pena de muerte para quien se consagre a la Religión de la Mente.

31 Entrarán en vigor nuevos estatutos, una ley novedosa; no se oirá hablar ni se creerá siquiera en la mente nada sagrado, nada piadoso, nada digno del cielo o de los dioses del cielo.

32 Los dioses se marcharán tristemente de entre los hombres; solo quedarán los ángeles malos, que, mezclados con la humanidad, echarán mano de ella y llevarán a los desdichados a toda clase de males temerarios: guerras, robos, engaños y todas esas cosas contrarias a la naturaleza del alma.

33 Entonces la tierra dejará de mantenerse unida; ya no se navegará por el mar; el cielo dejará de seguir los cursos de las estrellas, y las estrellas dejarán de recorrer el cielo.

34 La voz de todos los dioses cesará en el Gran Silencio que nadie puede quebrantar; los frutos de la tierra se pudrirán; es más, la tierra ya no dará frutos, y el aire mismo desfallecerá en aquella triste apatía.

35 Cuando esto suceda, será la vejez del mundo: impiedad, desorden e irracionalidad en todo lo bueno.

36 Y cuando todas estas cosas sucedan, Asclepio, él, nuestro Señor y Padre, Dios primero en poder y gobernante del Dios único visible, para contener el crimen y apartar el error de la corrupción de todas las cosas, devolviéndolas a las buenas costumbres y a las acciones que nacen espontáneamente de su voluntad —es decir, a la bondad de Dios—, pondrá fin a todo mal, ya sea lavándolo con una inundación, quemándolo con fuego o mediante enfermedades pestilentes que se extiendan por todas las tierras hostiles. Dios devolverá el cosmos a su forma antigua, de modo que el mundo mismo pa-

rezca digno de adoración y admiración, y la humanidad de entonces cante sin cesar alabanzas y bendiciones a Dios, creador y restaurador de una obra tan vasta.

37 Pues este renacimiento del cosmos es la renovación de todo lo bueno y el retorno santísimo y piadosísimo de la naturaleza misma, mediante un ciclo establecido de tiempo; de la naturaleza que no tuvo principio y que no tendrá fin. Porque la voluntad de Dios no tiene principio y, puesto que permanece igual y tal como es, no tiene fin.

38 Asc. Porque la naturaleza de Dios es la determinación de la voluntad. La determinación es el bien supremo, ¿no es así, tres veces grande?

39 Tris. Asclepio, la voluntad es hija de la determinación; más aún, el querer mismo procede de la voluntad.

40 No es que él quiera algo porque lo desee, pues él es la plenitud de todas las cosas y quiere lo que tiene.

41 Así quiere todas las cosas buenas y tiene todo lo que quiere. Más aún, él piensa y quiere todo lo bueno.

42 Este, entonces, es Dios; el mundo es imagen del Bien.

43 Asc. ¿Es bueno el cosmos, tres veces grande?

44 Tris. Es bueno, como te enseñaré, Asclepio.

45 Pues así como Dios distribuye y administra las cosas buenas a todas las especies o, más exactamente, géneros que hay en el cosmos —es decir, la sensación, el alma y la vida—, así también el cosmos da y concede todas las

cosas que a los mortales nos parecen buenas; es decir, la alternancia de sus partes, los frutos de cada estación, el nacimiento, el crecimiento, la madurez y cosas semejantes.

46 Por esta causa, Dios trasciende la altura del cielo más elevado, se extiende por todas partes y contempla todas las cosas desde todos los lados.

47 Más allá del cielo se extiende un espacio sin estrellas, ajeno a todo lo que tiene cuerpo.

48 El dispensador que está entre el cielo y la tierra gobierna el espacio que llamamos Zeus de lo Alto.

49 La tierra y el mar están regidos por Zeus de lo Bajo; él sustenta las vidas mortales y los árboles que dan fruto.

50 Por el poder de todos ellos reverdecen los frutos, los árboles y la tierra.

51 Los poderes y las energías de los demás dioses se distribuyen por todas las cosas que existen.

52 Sí, los que gobiernan la tierra se distribuirán por todas las regiones y, finalmente, se reunirán en un estado, en la parte más alta del Alto Egipto, que se fundará hacia el poniente y al que acudirán todos los mortales.

53 Asc. Pero ahora mismo, ¿dónde están, tres veces grande?

54 Tris. Están reunidos en una comunidad muy grande, en la colina de Libia. Y ya se ha dicho bastante sobre esto.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 10

✦

1 Pero ahora debemos hablar de la inmortalidad o de la muerte.

2 La expectativa y el temor a la muerte atormentan a la multitud, que no conoce la Razón Verdadera.

3 La muerte se produce por la disolución del cuerpo, agotado por el trabajo, y del número que, una vez completo, organiza los miembros del cuerpo en un solo mecanismo para los propósitos de la vida. El cuerpo muere cuando ya no puede sostener las fuerzas vitales del ser humano.

4 Esto, entonces, es la muerte: la disolución del cuerpo y la desaparición de la percepción corporal.

5 No hay que angustiarse por esta muerte. Pero hay otra [muerte] de la que nadie puede escapar, aunque la ignorancia y la incredulidad humanas no le dan importancia.

6 Asc. ¿Qué es aquello, oh Tres veces grande, que los hombres no conocen o no creen que pueda existir?

7 Tris. Entonces, presta atención, Asclepio.

8 Cuando el alma se aparte del cuerpo, el juicio y la evaluación de sus méritos pasarán al poder de su daimón más elevado.

9 Y cuando este vea que es piadosa y justa, le permitirá descansar en lugares apropiados para ella.

10 Pero si la encuentra manchada por las malas acciones y envilecida por el vicio, la expulsará de lo Alto hacia las Profundidades y la entregará a los huracanes y remolinos de Aire, Fuego y Agua que luchan entre sí.

11 Entre el Cielo y la Tierra, sobre las olas del Cosmos, será arrastrada en direcciones opuestas, atormentada para siempre por dolores incesantes; así, su naturaleza inmortal afligirá al alma, pues, debido a su percepción incesante, llevará sobre el cuello el yugo de un tormento sin fin.

12 Sepamos, pues, que debemos temer, tener miedo y estar siempre en guardia, para no quedar atrapados en estas [trampas].

13 Quienes ahora no creen, después de sus malas acciones serán obligados a creer por los hechos, no por las palabras; por los sufrimientos reales del castigo, no por las amenazas.

14 Asc. Entonces, oh Tres veces grande, ¿las faltas de los hombres no son castigadas únicamente por la ley humana?

15 Tris. En primer lugar, Asclepio, todas las cosas de la Tierra deben morir.

16 Además, los seres que viven gracias a un cuerpo y dejan de vivir por causa de ese mismo cuerpo, todos ellos reciben, según los méritos o deméritos de esta vida, las [recompensas o] los castigos que les corresponden.

17 [Y los castigos] son tanto más severos si, durante su vida, [sus malas acciones] estuvieron ocultas hasta su muerte. Pues entonces la divinidad les hará plenamente conscientes de todas las cosas tal como son, de acuerdo con los grados de castigo asignados a sus delitos.

18 Asc. ¿Y estos merecen [aún] mayores castigos, oh Tres veces grande?

19 Tris. [Sin duda;] pues quienes son condenados por las leyes humanas pierden la vida por la violencia, para que [todos] vean que no entregaron su alma para pagar la deuda de la naturaleza, sino que recibieron el castigo que merecían.

20 En cambio, el justo encuentra defensa en servir a Dios y en la más profunda piedad. Pues Dios protege a tales hombres de todo mal.

21 Sí, Aquel que es Padre de todo, [nuestro] Señor y el único que es todo, se complace en mostrarse a todos.

22 No es por el lugar donde pueda estar, ni por la cualidad que pueda tener, ni por la grandeza que pueda poseer, sino únicamente por la inteligencia de la mente que Él derrama su luz sobre el hombre: [sobre aquel] que aparta de su alma las nubes del Error y contempla el resplandor de la Verdad, uniéndose a la percepción total de la Inteligencia divina. Por amor a ella se libera de aquella parte de sí mismo sobre la que gobierna la Muerte, y lleva implantada en él la semilla de la certeza de su futura inmortalidad.

23 Así, pues, los buenos se distinguirán de los malos. Cada uno de ellos brillará por su piedad, su santidad, su prudencia, su adoración y su servicio a [nuestro] Dios, y verá la Razón Verdadera como si la mirara con [los] ojos [del cuerpo]. Y cada uno, por la confianza de su fe, sobresaldrá entre todos los demás hombres, como el Sol, con su luz, sobresale entre las otras estrellas.

24 Pues el Sol ilumina a las otras estrellas no tanto por la intensidad de su luz como por su santidad y su divinidad.

25 Sí, [mi] Asclepio, debes considerarlo el segundo Dios, que gobierna todas las cosas e ilumina a todos los seres vivos del Cosmos, ya tengan alma o no.

26 Pues si el Cosmos es un ser vivo, y ha sido, es y será siempre vivo, nada en el Cosmos está sujeto a la muerte.

27 Pues de un ser que vive para siempre, [lo mismo puede decirse] de cada una de sus partes: [es decir,] cada parte vive para siempre como él mismo; y en el propio Mundo, [que es] para todos y, al mismo tiempo, un ser vivo que vive para siempre, no hay lugar para la muerte.

28 Y así, debe ser la plenitud de la vida y de la inmortalidad, pues es necesario que viva para siempre.

29 Y así, el Sol, al igual que el Cosmos, perdura eternamente. También él es por siempre el gobernante de [todas] las fuerzas vitales, o de [nuestra] vitalidad entera; las gobierna o las distribuye.

30 Dios, entonces, es el gobernante eterno de todos los seres vivos, o funciones vitales, que hay en el Mundo. Él es quien otorga para siempre la Vida misma.

31 De una vez para siempre, Él concedió la Vida a todas las fuerzas vitales; además, las conserva mediante una ley que perdura eternamente, como ahora explicaré.

32 Pues el Cosmos se mueve en la propia Vida de la Eternidad, y el Espacio cósmico se encuentra en la propia Eternidad de la Vida.

33 Por esta razón, nunca se detendrá ni será destruido, pues su propio ser está rodeado por una empalizada y unido, por así decirlo, por la Eternidad de lo Viviente.

34 Así, el Cosmos da vida a todo lo que contiene y es el espacio de todo cuanto está bajo el gobierno del Sol.

35 El movimiento del Cosmos en sí mismo consta de una energía doble. Desde fuera, la Eternidad le da vida; y él da vida a todo lo que hay dentro, haciendo que todo sea diferente mediante números y tiempos fijados y asignados [para cada cosa].

36 En la Tierra, el Tiempo se distingue por las condiciones del aire y por las variaciones del calor y del frío; en el Cielo, por el retorno de las estrellas a los mismos lugares y por la revolución de sus trayectorias en el Tiempo.

37 Y mientras el Cosmos es la morada del Tiempo, se mantiene siempre verde [él mismo] gracias al curso y al movimiento del Tiempo.

38 El Tiempo, por su parte, se mantiene mediante la regulación. El Orden y el Tiempo renuevan todas las cosas que hay en el Cosmos por medio de la alternancia.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 11

✦

1 Siendo así todas las cosas, nada de lo que nace es estable, fijo ni inmóvil, ni en el Cielo ni en la Tierra.

2 Solo Dios es inmóvil, y solo Él con razón; pues Él está en sí mismo, por sí mismo y alrededor de sí mismo, enteramente pleno y perfecto.

3 Él es su propia estabilidad inmóvil. No puede ser movido por la presión de otro ni en el espacio de nadie.

4 Pues todo está en Él, y solo Él está en todo; a menos que alguien se atreva a afirmar que el movimiento de Dios mismo está en la Eternidad. No; más bien, la Eternidad misma es precisamente inmóvil, y en ella se concentra el movimiento de todos los tiempos, y de ella empieza el movimiento de todos los tiempos.

5 Dios, entonces, ha sido inmutable [siempre], y la Eternidad ha permanecido siempre del mismo modo con Él, teniendo dentro de sí el Cosmos ingenerado, al que correctamente llamamos [Dios] Sensible.

6 De aquella Deidad [trascendente] se hizo esta Imagen: el Cosmos, imitador de la Eternidad.

7 Además, el Tiempo tiene la fuerza y la naturaleza de su propia estabilidad, aunque esté en movimiento perpetuo, pues necesariamente vuelve [siempre] de sí mismo a sí mismo.

8 Así, aunque la Eternidad sea estable, inmóvil y fija, ya que el movimiento de este Tiempo (sujeto al movimiento) es atraído siempre de vuelta a la Eternidad —y por eso la movilidad del Tiempo es circular—, sucede que la Eternidad misma, aunque en sí sea inmóvil, parece estar en movimiento, como todo movimiento, a causa del Tiempo en que está —y que está en ella—.

9 De modo que la estabilidad de la Eternidad llega a moverse, y la movilidad del Tiempo llega a estabilizarse.

10 Así podemos sostener siempre que Dios mismo se mueve hacia sí mismo por esa misma trascendencia del movimiento.

11 Pues en su inmensidad, esa estabilidad es movimiento inmóvil; por su inmensidad, su ley está exenta de cambio.

12 Aquello, pues, que trasciende de tal modo, que no está sujeto a los sentidos, que está más allá de todo límite y no puede ser comprendido, trasciende todo juicio; no puede ser sostenido, ni elevado, ni rastreado.

13 Nadie sabe dónde, cuándo, de dónde, cómo ni qué es Él. Pues se sostiene en su estabilidad suprema, y su estabilidad está solo en sí mismo, ya sea que [este misterio] sea Dios, la Eternidad, ambos, uno en el otro o ambos en cada uno.

14 Y por esta razón, así como la Eternidad trasciende los límites del Tiempo, el Tiempo mismo, puesto que no puede ser limitado por un número, un cambio ni el período de la revolución de algún segundo [tipo de Tiempo], es de la naturaleza de la Eternidad.

15 Así, ambos parecen ilimitados y eternos. Y la estabilidad, aunque por naturaleza sea fija, merece ocupar el lugar principal, pues puede sostener las cosas que están en movimiento y hace todo el bien gracias a su firmeza.

16 Los principios de todo lo que existe son, por tanto, Dios y Eón.

17 El Cosmos, en cambio, por ser móvil, no es un principio.

18 Pues su movilidad supera su propia estabilidad al tomar la fijación inmóvil como ley del movimiento eterno.

19 Así, la Mente total de la Divinidad, aunque en sí misma es semejante [a Él] e inmóvil, se pone en movimiento dentro de su propia estabilidad.

20 Es santa, incorruptible y eterna; y, si se le pudiera atribuir algo mejor, sería la Eternidad del Dios supremo, que subsiste en la Verdad misma, la Plenitud de todas las cosas, de la Mente y de toda la Ciencia, y que, por así decirlo, existe con Dios.

21 La Mente cósmica es el recipiente de todas las cosas sensibles, de todas las especies y de todas las ciencias.

22 La mente humana [consiste] en la capacidad de retener recuerdos, pues puede recordar todo lo que ha hecho.

23 Pues la divinidad de la Mente solo ha descendido hasta el animal humano, ya que Dios no quiso que la Mente divina suprema se mezclara con los demás animales, para que no se avergonzara al mezclarse con las otras formas de vida.

24 Sea cual sea la calidad o el alcance de la inteligencia de la Mente de un hombre, toda ella consiste en la capacidad de recordar el pasado.

25 Gracias a su capacidad de retener recuerdos, el hombre ha sido hecho gobernante de la Tierra.

26 Ahora bien, la inteligencia de la Naturaleza puede alcanzarse mediante la calidad de la Mente cósmica, a partir de todas las cosas del Cosmos que los sentidos pueden percibir.

27 En cuanto a esta Eternidad, que es la segunda, obtenemos su conocimiento del Cosmos de los sentidos y discernimos su calidad por ese mismo medio.

28 Pero la inteligencia de la Calidad misma, el «qué es» de la Mente del Dios supremo, es solo la Verdad, de la cual no se discierne en el Cosmos ni siquiera el esbozo más tenue o la sombra más leve de [la pura] Verdad.

29 Pues ¿dónde se discierne algo de ella mediante la medida del tiempo, donde se ven falsedades, nacimientos y muertes, y errores?

30 Ya ves, Asclepio, sobre qué fundamentos nos apoyamos, en qué nos ocupamos y a qué nos atrevemos a aspirar.

31 Pero a ti, oh Dios supremo, te doy gracias, porque me has iluminado con la Luz para ver la Divinidad.

32 Y ustedes, oh Tat, Asclepio y Amón, oculten en silencio los misterios divinos en los lugares secretos de sus corazones y no digan palabra sobre su secreto.

33 En nuestro caso, el intelecto se diferencia de los sentidos en esto: mediante la expansión de la mente, el intelecto puede alcanzar el conocimiento y el discernimiento de la calidad de la Mente cósmica.

34 La Mente del Cosmos, por su parte, se extiende hasta la Eternidad y hasta el Conocimiento de los Dioses que están por encima de ella.

35 Y así sucede con los hombres: percibimos las cosas del Cielo como a través de una niebla, hasta donde lo permite la condición de los sentidos humanos.

36 Es cierto que la capacidad de la mente que tenemos para contemplar cosas tan trascendentes es todavía muy limitada; pero será muy amplia cuando perciba con la dicha de la verdadera conciencia de sí.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 12

✦

1 Ahora, sobre el tema del «Vacío» —que a casi todos les parece de enorme importancia—, sostengo lo siguiente.

2 Nada está vacío, nada pudo haber estado vacío, nada estará jamás vacío.

3 Pues todos los miembros del Cosmos están completamente llenos; de modo que el Cosmos mismo está lleno y [del todo] completo de cuerpos, diversos en cualidad y forma, cada uno con su propia naturaleza y tamaño.

4 Y entre estos cuerpos, uno es mayor que otro, o uno es menor que otro, por diferencia de fuerza y tamaño.

5 Desde luego, los más fuertes se perciben con mayor facilidad, al igual que los más grandes. Los menores, no obstante, o los más diminutos, apenas pueden percibirse, o no se perciben en absoluto: aquellos que sabemos que son cosas [en absoluto] solo por el sentido del tacto.

6 Por eso muchos llegan a pensar que no son cuerpos y que hay espacios vacíos, lo cual es imposible.

7 Lo mismo sucede con el [Espacio] llamado Extracósmico: si existe alguno (lo cual no creo), ¿acaso no está lleno por Él de cosas inteligibles, es decir, de cosas de naturaleza semejante a su propia Divinidad? Así como este Cosmos, llamado Sensible, está enteramente lleno de cuerpos y seres vivos, conforme a su naturaleza y cualidad propias; [cuerpos] cuya forma verdadera no todos vemos, sino que vemos algunos más grandes de lo que les corresponde y otros muy pequeños, ya sea por el gran espacio que hay entre

[ellos y nosotros], o porque nuestra vista es débil; por eso nos parecen diminutos, o muchos creen que no existen en absoluto, debido a su excesiva sutileza.

8 Me refiero a los daimones, que, según creo, habitan entre nosotros, y a los héroes, que moran entre la parte más pura del aire que está sobre nosotros y la tierra, donde nunca hay nubes y ningún [movimiento causado por el] movimiento de una sola estrella [perturba la paz].

9 Por esto, Asclepio, no llamarás vacío a nada, a menos que digas de qué está vacío aquello que afirmas que está vacío; por ejemplo, vacío de fuego, de agua o de cosas semejantes.

10 Pues si llegara a parecer que algo puede estar vacío de cosas semejantes —aunque lo que parezca vacío sea pequeño o grande—, aun así no puede estar vacío de espíritu ni de aire.

11 De igual manera debemos hablar también del «Espacio», término que por sí solo está «vacío de sentido».

12 Pues el Espacio parece ser lo que es por aquello de lo que es [el espacio]. Si se quita la palabra que lo califica, el sentido queda incompleto.

13 Por eso será más correcto decir espacio de agua, espacio de fuego o [espacio] de cosas semejantes.

14 Pues, así como es imposible que algo esté vacío, también es imposible determinar qué es el Espacio por sí mismo.

15 Si postulas un espacio sin aquello de lo que es [el espacio], parecerá un espacio vacío, que no creo que exista en el Cosmos.

16 Así pues, si nada está vacío, tampoco el Espacio por sí solo muestra qué es, a menos que le añadas longitudes, anchuras [y profundidades], tal como añades las marcas propias a los cuerpos humanos.

17 Siendo así estas cosas, Asclepio, y ustedes que están con [él], sepan que el Cosmos Inteligible (es decir, [aquel] que se discierne solo mediante la contemplación de la mente) carece de cuerpo; y que nada corporal puede mezclarse con su naturaleza —[por corporal me refiero a] lo que puede conocerse por cualidad, cantidad y números. Pues nada de esta clase hay en él.

18 Este Cosmos, llamado Sensible, es, pues, el receptáculo de todas las cosas sensibles: especies, cualidades o cuerpos.

19 Pero ninguna de ellas puede cobrar vida sin Dios. Pues Dios es todo, y por Él [son] todas las cosas, y todas [son] por su Voluntad.

20 Que Él es toda Bondad, Perfección y Sabiduría, inmutable, solo puede percibirse y entenderse por Él mismo.

21 Sin Él nada ha sido, ni es, ni será.

22 Pues todas las cosas vienen de Él, están en Él y existen por medio de Él: tanto las múltiples cualidades como las grandes cantidades, las magnitudes que exceden toda medida y las especies de todas las formas. Si entiendes estas cosas, Asclepio, darás gracias a Dios.

23 Y si lo observas como un todo, la Razón Verdadera te enseñará que el Cosmos en sí puede conocerse por los sentidos, y que todas las cosas que hay en él están envueltas como por un vestido por aquel Cosmos Superior [mencionado antes].

24 Ahora bien, cada clase de ser vivo, Asclepio, sea cual sea, mortal o racional, dotado de alma o carente de ella, así como tiene su propia clase, también tiene imágenes de esa misma clase.

25 Y aunque cada clase particular de animal contiene todas las formas de su propia clase, aun dentro de una misma [clase de] forma, los individuos difieren entre sí.

26 Así, aunque la clase de los seres humanos es de una sola naturaleza, de modo que puede reconocerse a una persona por su aspecto [general], las personas individuales difieren entre sí aun dentro de la semejanza de su forma [común].

27 Pues la idea, que es divina, carece de cuerpo y es aquello que capta la mente.

28 De modo que, aunque estos dos, de los que derivan la forma general y el cuerpo, carecen de cuerpo, es imposible que se produzca una forma exactamente igual a otra, porque los momentos de las horas y los puntos de inclinación [en que nacen] son distintos.

29 Pero cambian tantas veces como momentos hay en la hora de ese Círculo giratorio en el que habita aquel Dios a quien hemos llamado de Todas las Formas.

30 Así pues, la especie persiste y produce de sí misma tantas imágenes, y tan diversas, como momentos hay en la Revolución Cósmica, en un Cosmos que cambia [sin cesar] al girar. Pero la idea [en sí] ni cambia ni gira.

31 Así, las formas de cada género permanecen, [y no obstante] son distintas dentro de una misma forma [general].

32 Asc. ¿Y tiene el Cosmos una especie, oh Trismegisto?

33 Tris. ¿No ves, Asclepio, que todo te ha sido explicado como si estuvieras dormido?

34 ¿Qué es el Cosmos, o de qué está compuesto, sino de todas las cosas que han nacido?

35 Esto, pues, puedes afirmarlo del cielo, de la tierra y de los elementos. Aunque las demás cosas cambien de especie con mayor frecuencia, también el cielo, al volverse húmedo, seco, frío, caliente, claro u opaco, todo dentro de una misma clase de cielo, experimenta frecuentes cambios de especie.

36 Además, la tierra cambia de especie continuamente y de muchas maneras: cuando da frutos y cuando nutre también lo que ha producido con el retorno de todos los frutos; las diversas cualidades y cantidades del aire, sus pausas y sus flujos; y, ante todo, las cualidades de los árboles, las flores y las bayas, los aromas y los sabores: especies.

37 El fuego [también] produce numerosísimas transformaciones, y divinas. Pues todas estas son imágenes de múltiples formas del Sol y la Luna; son, por así decirlo, como nuestros propios espejos, que, con su resplandor emulador, nos devuelven las semejanzas de nuestras propias imágenes.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 13

✦

1 Pero basta ya sobre estas cosas; volvamos una vez más al ser humano y a la razón, don divino del que el ser humano recibe el nombre de animal racional.

2 Lo que se dice del ser humano es menos asombroso, aunque sigue siendo admirable. Más aún, entre todas las maravillas, la que más nos sorprende es que el ser humano haya podido descubrir la naturaleza de los dioses y ponerla en acción.

3 Así pues, como nuestros primeros antepasados estaban muy equivocados, pues no tenían una fe racional en los dioses ni prestaban atención a su culto y veneración sagrada, dieron por casualidad con un arte mediante el cual se hicieron dioses [para sí mismos].

4 A este invento unieron un poder acorde con él, [derivado] de la naturaleza cósmica; y, al combinar ambas cosas, como no podían crear almas, [se pusieron a] invocar las almas de los daimones o las de los ángeles y [así] las unieron a sus imágenes sagradas y a sus santos misterios, para que las estatuas, por medio de ellas, tuvieran el poder de hacer el bien y lo contrario.

5 Pues tu antepasado, Asclepio, el primer descubridor de la medicina, tiene un templo consagrado en el monte de Libia, cerca de la costa de los cocodrilos, donde reposa su hombre cósmico, es decir, su cuerpo. El resto de él, o mejor aún, su totalidad (si es mejor que una persona esté enteramente

[sumergida] en la conciencia de la vida), ha vuelto a su hogar en el cielo y sigue proporcionando a los enfermos, ahora por medio de su divinidad, todos los remedios que antes solía ofrecer mediante el arte de la medicina.

6 Hermes, nombre de mi antepasado, cuya morada se encuentra en un lugar llamado como él, ayuda y protege a todos los mortales que acuden a él desde cualquier lugar.

7 Y en cuanto a la [esposa] de Osiris, ¡cuántos bienes sabemos que Isis concede cuando está favorable y cuántos daños causa cuando está furiosa!

8 Pues los dioses terrestres y cósmicos se enfurecen fácilmente, ya que son creados y están compuestos de las dos naturalezas.

9 Por esta causa los egipcios llaman a estos «animales sagrados», y cada estado sirve a las almas de aquellos cuyas almas fueron santificadas mientras aún vivían; así, [los diversos estados] se rigen por las leyes [de sus respectivos animales sagrados] y reciben sus nombres.

10 Por esto, Asclepio, los [animales] que algunos estados consideran dignos de veneración, en otros se tienen por indignos; y por eso los estados de los egipcios guerrean con frecuencia entre sí.

11 Asc. ¿Y de qué naturaleza puede ser la cualidad de quienes son considerados dioses terrestres, oh Trismegisto?

12 Tris. Consiste, Asclepio, en plantas, piedras y especias que contienen la naturaleza de su propia divinidad.

13 Por esta causa se complacen con sacrificios repetidos, himnos, alabanzas y los sonidos más dulces, afinados con la melodía armoniosa del Cielo.

14 Así, lo que es de naturaleza celestial, al ser atraído a las imágenes mediante prácticas y usos celestiales, puede soportar con gozo la naturaleza humana y permanecer junto a ella durante largos períodos.

15 Así es como el ser humano hace a los dioses.

16 Pero, te lo ruego, Asclepio, no pienses que las acciones de los dioses terrestres ocurren por casualidad.

17 Los dioses celestiales habitan en las alturas del Cielo, cada uno ocupando y vigilando el ya que ha recibido; en cambio, estos dioses nuestros, cada cual a su manera, cuidando de ciertas cosas, anunciando otras mediante oráculos y profecías, previendo otras y ayudándolas debidamente, actúan como aliados de los seres humanos, como si fueran nuestros parientes y amigos.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 14

✦

1 Asc. ¿Qué lugar ocupa entonces la Heimarmenē, o el Destino, en la economía, tres veces grandioso? ¿Acaso los dioses celestiales no gobiernan a los generales, y los terrestres se ocupan de los particulares?

2 Tris. Lo que llamamos Heimarmenē, Asclepio, es la necesidad de todas las cosas que nacen, siempre ligadas a sí mismas por cadenas entrelazadas.

3 Esto, pues, o bien es la causa de todas las cosas, o es el Dios supremo, o aquello que Dios mismo hizo segundo Dios; o bien es la disciplina de todas las cosas, tanto en el cielo como en la tierra, establecida por las leyes de lo divino.

4 Así, estos dos, el Destino y la Necesidad, están unidos mutuamente por una cohesión inseparable.

5 El primero de ellos, la Heimarmenē, da origen a los comienzos de todas las cosas; la Necesidad obliga a llegar a su fin a todo lo que depende de estos principios.

6 A estos sigue el Orden, que es su trama y urdimbre, y la disposición del Tiempo para perfeccionar todas las cosas. Pues nada existe sin la mezcla del Orden.

7 El Cosmos alcanza la perfección en todas las cosas; pues el propio Cosmos se mueve dentro del Orden, o está compuesto enteramente de Orden.

8 Así pues, estos tres —el Destino, la Necesidad y el Orden— son puestos en acción de manera inmediata por la Voluntad de Dios, que gobierna el Cosmos mediante su Ley y su santa Razón.

9 Por consiguiente, todo querer o no querer es por completo ajeno a ellos, conforme a la Voluntad de Dios.

10 No los mueve la ira ni los inclina el favor; son instrumentos de la coacción que la Razón eterna ejerce sobre sí misma, la Razón de la Eternidad, que nunca puede desviarse, cambiar ni ser destruida.

11 Primero está, pues, el Destino, que, por así decirlo, al sembrar la semilla, proporciona el embrión de todo lo que ha de existir.

12 Luego sigue la Necesidad, por la cual todos son obligados a llegar a su fin.

13 En tercer lugar viene el Orden, que conserva la trama y urdimbre de las cosas dispuestas por el Destino y la Necesidad.

14 Esta es, pues, la Eternidad, que ni empieza ni deja de ser y que, fijada por una ley inmutable, permanece en el movimiento incesante de su curso.

15 Se levanta y se pone por turnos a lo largo de sus miembros, de modo que, por los cambios del Tiempo, con frecuencia vuelve a levantarse con los mismos miembros con los que se había puesto.

16 Pues su forma esférica —su ley de revolución— es tal que todas las cosas están tan estrechamente unidas a sí mismas que nadie sabe cuál es el comienzo de su revolución, ya que parecen siempre ir delante de sí mismas y seguirse a sí mismas.

17 Por tanto, los resultados buenos y malos están mezclados en todas las cosas cósmicas.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 15

✦

1 Y ahora se les ha hablado de cada asunto por separado, hasta donde el ser humano puede hablar, y Dios lo ha querido y permitido.

2 Solo nos queda hacer esto: bendecir a Dios y alabarlo; y luego volver a ocuparnos del bienestar del cuerpo.

3 Pues ya nos hemos saciado suficientemente con el banquete de la mente, gracias a nuestro discurso sobre las cosas sagradas.

4 Cuando salieron del lugar sagrado, volvieron el rostro hacia el sur al comenzar sus oraciones a Dios.

5 Si alguien desea orar a Dios cuando el sol se pone, debe volverse hacia donde se pone; del mismo modo, cuando sale, debe dirigirse al lugar que queda bajo el sol.

6 Justo cuando empezaban a recitar la oración, Asclepio susurró:

7 [Asc.] Propongámosle al padre, Tat —como él nos pidió— que oremos a Dios con incienso añadido y ungüentos.

8 Al oírlo, el tres veces grandioso se inquietó y dijo:

9 [Tris.] No, no, Asclepio; di palabras más favorables. Pues parece una profanación de nuestros ritos sagrados ofrecer incienso y otras cosas al orar a Dios.

10 Pues no hay nada que él necesite, ya que él es todas las cosas, o todas están en él.

11 Adorémoslo, más bien, dando gracias. Pues la mejor ofrenda de incienso ante Dios es que los seres humanos le den gracias.

12 ¡Te damos gracias, excelso y supremo! Pues por tu Gracia hemos recibido la grandiosa Luz de tu propio Conocimiento.

13 ¡Oh Nombre santo, Nombre digno de adoración! ¡Oh Nombre único, por el cual debe bendecirse al Dios único mediante la adoración de nuestro Padre! Tú te dignas conceder a todos piedad, cuidado y amor de Padre, y cualquier virtud más dulce que estas; nos dotas de percepción, razón e inteligencia: percepción para sentirte; razón para encontrarte a partir de las apariencias de las cosas; y capacidad de reconocer para alegrarnos al conocerte.

14 Salvados por tu poder divino, alegrémonos de que te hayas mostrado a nosotros en toda tu Plenitud. Alegrémonos de que te hayas dignado consagrarnos a la Eternidad, aunque estemos sepultados en cuerpos.

15 Pues el único canto de alabanza digno del ser humano es conocer tu Majestad.

16 Te hemos conocido; sí, con el sentido único de nuestra inteligencia hemos percibido tu Luz suprema, ¡oh verdadera Vida de la vida, oh Matriz fecunda que da nacimiento a toda naturaleza!

17 Te hemos conocido, ¡oh tú, colmado por completo con la Concepción de la Naturaleza universal que procede de ti!

18 Te hemos conocido, ¡oh Constancia eterna!

19 Pues, en toda esta oración con que adoramos tu Bondad, solo pedimos este favor de tu Bondad: que nos mantengas constantes en nuestro amor por conocerte y que nunca nos apartes de esta clase de Vida.

20 Con este deseo, nos dirigimos ahora a nuestro alimento puro y sin carne.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0